

## **Adiós**

Yo tenía 15 años la última vez que lo vi zarpar, la viva imagen de la rebeldía, una niña menuda, de cabellera castaña y desgastada por el salitre y el sol. Criada en los muelles por pescadores y rederos, conocía el puerto como la palma de mi mano; los diferentes oficios, las tradiciones, los entresijos y tejemanejes... Todos ellos fueron objeto de estudio en mi niñez, los cimientos de la única realidad que conocía, la vida de las gentes del mar, su cultura y su folklore.

Partió la mañana de un viernes, rumbo noroeste, con la luz pisándole los talones. Ni el sol ni la brisa mañanera transmitían otra cosa que no fuera calma, completa y profunda serenidad, culpable de mi indiferencia y confianza al verlo partir. Mi mayor arrepentimiento, la certeza de volverlo a ver, al fin y al cabo, el amanecer prometía un buen día.

Si me hubiesen dicho esa mañana de marzo lo que acontecía seguramente no les hubiera creído, y tampoco me culpo, todo parecía normal, tan normal que casi hace daño recordarlo, el graznido de las gaviotas, el olor a café, el sonido de unos pasos que se acercan, los ojos verdes que me vienen a despertar, el crujido de la puerta al cerrarse... Pronto me di cuenta de que la vida no avisa, nada te prepara para lo que viene, sucesos así no llegan con advertencia ni instrucciones para afrontarlos, si pasan pasaron y punto, mi madre los comparaba con las tormentas de verano en el cantábrico, imprevisibles y fatídicas, el recuerdo de lo caprichoso que es el azar.

Me acuerdo de esperar, de aguardar una noche entera subida al alféizar de la ventana, vigilando el horizonte, convencida de que volvería, de que regresaría a su lugar en el pantalán. Si cierro los ojos todavía puedo rememorar la mañana siguiente, la policía en casa, la noticia en los periódicos. Sin duda la desaparición de la década, nadie entendía cómo algo tan grande se pudo esfumar tan rápido. Días, meses y años de constantes preguntas, de posibles rastros, de tardes en la orilla rebuscando entre la arena, con la esperanza de encontrar un destello familiar.

Me viene también a la memoria el sosiego después de la tempestad, el asumir que se fue y que por más que lo esperase en el muelle no volvería, el afrontar la rabia, la frustración constante por no poder hacer nada, por no tener aletas y branquias, por no ser capaz de llegar hasta él. Llegaron también la tristeza y la melancolía, el vivir el presente amarrada al pasado, el evitar lugares, aromas, personas... cosas que me hicieran recordar.

Poco a poco las témporas cambiaron y cuando me quise dar cuenta, la corriente me empujaba a su favor, la vida transcurría y el nudo instalado en mi pecho cada vez era más pequeño. No superé lo que pasó, tras muchos años de castigo interno comprendí que no se trataba de superar, sino de aprender a convivir con ello, de tener la capacidad de relacionarte con tu pasado sin que esto te impida construir un futuro, de aceptar que el barco se hundió, pero no por ello hacerlo con él.

Todavía recuerdo el olor a sal y a goma, la sensación de mis yemas al empujar la puerta del camarote, la canción de Antonio Molina resonando en proa... Momentos grabados en mi memoria aquellas noches en vela en las que rememoraba instantes,

por miedo a que desaparecieran para siempre. Si cierro los ojos todavía me veo allí, cuarenta años más joven, sentada en el muelle diciendo adiós, ignorante de que cuando el barco se perdiese en el horizonte, esa palabra me perseguiría el resto de mi vida.

**Lita Rueda**